

CAPITULO CLXXXV.

Proyectos de España respecto á los Estados de Italia — Confederacion de éstos con el rey de Francia. — Muerte de Enrique IV. — Efectos que produjo este acontecimiento en las relaciones de Francia y España.

A PESAR de la notable diferencia que existía entre Felipe III y su padre y abuelo, la aspiracion era la misma; la del dominio de toda la Europa.

No importaba que las circunstancias fuesen distintas, que los elementos que rodeaban al nieto fuesen pobres y mezquinos relativamente á los que habían tenido su padre y su abuelo, la aspiracion era idéntica, y el afán de influir en los destinos de todos los demas y de ejercer su predominio completo sobre ellos en nada se había amenguado, originando esto cuantiosos gastos á la nacion, que abonaba enormes sumas á los agentes y partidarios que sostenía en Francia y en Italia, en Alemania y en los Estados de la Iglesia.

La conducta del conde de Fuentes, gobernador de Milan, levantando tropas cuyo objeto se desconocia y construyendo fortalezas en la entrada de la Valtelina, cuya necesidad no podía comprenderse, tenía alarmados á los Estados de Italia, que temían, y con algun fundamento, se tratase de dominarles por medio de la fuerza, así fué que procuraron coligarse en secreto para resistir, en caso necesario, toda agresion que tendiera á aquel objeto.

En la oferta que el monarca español había hecho al pontífice en su cuestion con Venecia creyeron ver los Estados italianos designios perjudiciales á su independencia, y para contrarrestarlos buscaron el apoyo del rey de Francia, apoyo que estaban seguros no había de faltarles.

Efectivamente, á pesar de la paz de Vervins, Enrique IV no podía olvidar que España había sido la gran protectora de la Liga que tanto daño le hiciera, y como la veía defendiendo con tanta decision los derechos de la Santa Sede, y había visto el poderoso ascendiente que la casa de Austria había adquirido, en sus grandes proyectos entraba el de impedir aquel poderío por medio de una confederacion con los demas Estados de Europa, para lo cual se entendía con los italianos y los protestantes de Alemania.

Pero todos sus planes se conocían en Madrid merced al espionaje de que hemos hecho mérito, llegando éste al extremo de que hasta las más secretas deliberaciones del consejo frances se supiesen en España.

La cifra secreta del Monarca había sido vendida á Felipe III por el primer oficial de uno de los ministerios; la marquesa de Verneuil, querida de Enrique, estaba ganada por el Gobierno español, y hasta la misma reina María de Médicis sostenía cordiales relaciones con la corte española.

Precisamente en los momentos en que el puñal de Francisco Ravallac puso término á la existencia de Enrique IV comenzaba éste á poner en práctica un plan de tan colosales consecuencias que, á llevarse á cabo, hubiese cambiado de un modo extraordinario todo el sistema político de Europa.

Habiase suscitado en Alemania una grave cuestion entre los príncipes protestantes y católicos sobre la posesion de los Estados de Cleves y Juliers, y Enrique se iba á poner del lado de los protestantes; quería apoderarse de la Lombardia, que pertenecía al rey de España, para dársela á Carlos Manuel, duque de Saboya, reunir el Franco Condado á sus Estados y unir las provincias católicas de los Países Bajos á la república de Holanda.

Con este objeto había levantado un gran ejército, que ya se había puesto en marcha, cuando el puñal de un asesino fué á cortar tan grandes proyectos.

El 14 de mayo de 1610 la Francia perdía un gran rey, y España quedaba libre de un enemigo poderosísimo que, dadas las condiciones del tercer Felipe, lo empobrecida que la nacion se hallaba y la falta de dotes suficientes en los ministros, hubiera podido causarle mucho daño.

Merced á este acontecimiento la influencia española quedó triunfante en la corte francesa, y el duque de Feria D. Gomez Suarez de Figueroa marchó á París á dar el pésame á la reina en nombre de Felipe III y á cumplimentar al nuevo monarca Luis XIII.

Aun cuando por mediacion del pontífice Paulo V y en vida de Enrique IV se había tratado del enlace de los príncipes españoles con los franceses, no se había mostrado muy favorable á ello el monarca frances, á pesar de haber accedido gustosa á ello su esposa.

Mas ocurrido el fallecimiento de aquél, y regente del reino María de Médicis, entabláronse de nuevo las negociaciones, y quedó acordado el doble enlace del príncipe heredero de España D. Felipe con Isabel de Borbon, y el de la princesa Ana de Austria con el rey de Francia Luis XIII, y para satisfacer y ultimar este contrato, vino á España en clase de embajador el duque de Mayenne (1), mientras que de aquí marchó á Paris con el mismo ca-

(1) Por lo curiosa que es la relacion de las provisiones que diariamente se sirvieron al duque de Mayenne mientras permaneció en Madrid, la copiamos á continuacion: «Día de carne: 8 patos, 25 capones cebados de leche, 70 cabras, 100 pares de pichones, 100 pollos, 30 perdiciones, 50 pares de tortolas, 100 conejos y liebres, 21 carneros, 2 cuartos tra-ceros de vaca, 40 libras de cañas, 2 terneras, 12 lenguas, 12 pernils de carrovillas, 3 tocinos, una tinaja de 4 arrobas de manteca de puerco, 4 docenas de pancillos de boca, 8 arrobas de fruta ó 2 arrobas de cada genero, 9 cueros de vino de cinco arrobas cada uno y cada cuero de diferente vino. «Día de pescado: 100 libras de truchas, 30 de anguilas, 30 de esotro pescado fresco, 100 libras de barbos, 100 de pees, cuatro modos de escabeches de pescados y de cada genero 30 libras, 30 libras de atun, 100 sardinillas en escabeche, 100 libras de pescado (cajal), muy bueno, 1.000 huevos, 21 empanadas de pescados diferentes, 100 libras de

rácter y el mismo objeto el príncipe de Metito, duque de Pastrana y Francavila.

Uno y otro embajador fueron espléndidamente obsequiados en ambas cortes, firmándose el tratado de los dos matrimonios en 20 de agosto de 1612, al mismo tiempo en Paris y en Madrid.

Felipe III daba en dote á su hija quinientos mil escudos de oro de valor de diez y seis reales, los cuales habían de entregarse en Paris un día ántes de la celebracion del matrimonio, asegurando SS. MM. Cristianismas este dote sobre rentas y feudos, como mejor quisiera el rey de España.

El rey y reina de Francia pasarían á la infante D.^a Ana para sus joyas cincuenta mil escudos, que la pertenecían como bienes de su patrimonio, y veinte mil escudos anuales por vía de viudedad, mientras que el Rey su padre le señalaría para su cámara una cantidad digna de tan poderosos soberanos.

Idénticas eran las condiciones pactadas para el príncipe D. Felipe y la princesa D.^a Isabel de Borbon.

Ambos matrimonios habían de verificarse cuando la princesa D.^a Ana cumpliera los doce años, debiendo conducirla su padre hasta la frontera francesa.

Ademas de las cláusulas mencionadas, la más notable que en este contrato existía era la de la renuncia que los contrayentes hicieron y juraron de cualesquiera derechos que ellos, sus hijos y descendientes tuviesen á la corona de su reino, al objeto de que jamas pudieran reunirse las dos coronas en una misma persona.

Esta cláusula, por la importancia que encierra, se halla perfectamente detallada y aclarada en el contrato, á fin de que no pudiese dar lugar á duda de ninguna especie.

La delicada salud de D.^a Ana, y lo atrasado que se hallaba el desarrollo de su naturaleza hicieron que la realizacion del matrimonio fuera diliriéndose desde setiembre de 1613 hasta octubre de 1615, verificándose al mismo tiempo los esponsales y actos de renuncia en Búrgos y en Paris el día 18 de aquel mes, llegando ambas princesas el día 8 de noviembre á las orillas del Bidasoa, río célebre ya por las solemnidades que en él habían tenido lugar.

En dos barcas, para este efecto construidas, se verificó el cange de ambas desposadas, que iban acompañadas de un brillante y numeroso séquito, á cuyo frente iba por parte de Francia el duque de Guisa, y por la de España el de Uceda, pues su padre el de Lerma, había quedado enfermo en el camino.

Con extraordinaria pompa se celebraron estos enlaces, llamando la atencion de los franceses el lujo de semejantes festejos.

«Hubiérase dicho, dice un escritor de nuestros días, que la nacion rebosaba opulencia y prosperidad, y ya hemos visto que en los pueblos no había sino miseria. En esto se acababa de consumir su sudor.»

Con ocasion de estos festejos es notable el rasgo del duque de Osuna, virey de Sicilia á la sazón. Una vez que tuvo reunido en su poder el dinero que los sicilianos habían dado para las fiestas, dijo que no quería invertirlo en tan frívolos objetos y lo destinó todo á dotar y casar doncellas pobres del estado noble.

A la vez que tan notables influencias habían de tener estos dos matrimonios en las relaciones entre Francia y España, Carlos Manuel de Saboya, «el más ambicioso, turbulento y activo, y tambien el más artificioso y de más talento de los príncipes italianos,» como dice Lafuente, recibió un golpe fatal para sus aspiraciones, aspiraciones fomentadas por los proyectos de Enrique IV, que ya hemos indicado.

Invocó el auxilio de Venecia, de Inglaterra y de Francia, y viendo que de ninguna lo obtenía, no tuvo otro remedio que ceder y dejar que su hijo Filiberto viniese á Madrid, en rehenes y garantía de su fidelidad.

Esto sucedió en 1611, pero en 1612 volvió de nuevo á intentar vengarse de aquella humillacion, alcanzando una suerte parecida á la anterior, mas incapaz de dominar su ambicion y no queriendo desaprovechar la ocasion que la muerte del duque de Mantua le ofrecía para resucitar sus derechos á la sucesion del Monferrato, ayudado en 1613 por Venecia, consiguió apoderarse de todas las plazas de aquel Estado, á excepcion de Casal.

Desapercibidas todas las potencias, no pudieron oponerse á las ventajas alcanzadas por Carlos Manuel, mas cuando ya se disponían á obrar, varió de táctica, y como era tan ducho en el manejo de las armas de la política, recurrió á ellas.

Afectando fingidas sumisiones, sembrando desconfianzas y recelos entre las potencias, procurando indisponer al duque de Mantua con el gobernador de Milan, marques de la Hinojosa, y sosteniendo con cada nacion las relaciones que mejor á sus intereses podían convenir, consiguió entretener bastante tiempo, asegurando su dominio en el Monferrato.

Madrid envió á su hijo Víctor Amadeo para adormecer la suspicacia del Gobierno español, mientras que, dándose el título de *Libertador de Italia*, estaba trabajando en la formacion de una confederacion contra el poder de España en aquel país.

manteca fresca, 1 cuero de aceite, fruta, pan y otros regalos extraordinarios como en los días de carne.» *Relaciones manuscritas de Luis de Cabrera*, pág. 539.



EL DUQUE DE OSUNA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLXXXVI.

El duque de Saboya es derrotado por el marques de la Hinojosa. — Vergonzoso tratado de Asti — Rómpense de nuevo las hostilidades. — Tratado de paz. — El duque de Osuna, el marques de Villafranca y el marques de Bedmar. — Famosa conjuración contra Venecia.

No se mostraba la corte de Madrid muy dispuesta á dejarse enganar por el duque de Saboya, y en su consecuencia envió órdenes terminantes para que sin pérdida de momento licenciase sus tropas, dejase de molestar al duque de Mantua, y se atuviese á las condiciones que le fueran impuestas.

Apénas oyó esto Carlos Manuel, ordenó que saliese de sus Estados el enviado español, y arrancándose el collar de la orden del Toison de oro, encargó á aquél dijese al Monarca que no quería llevar una condecoración recibida de quien trataba de imponerle un vergonzoso yugo.

Activo y emprendedor, reúne un ejército inmediatamente, y ántes de que las tropas españolas pudieran evitarlo, arrojase impetuosamente sobre el Milanésado, y en una corta pero feliz campaña consigue retirarse con un botín considerable.

El marques de la Hinojosa acude á la defensa de Milan, construyendo un fuerte cerca de Vercelli, mientras que el Gobierno español da un manifiesto por el cual priva al duque, de la Saboya, adjudicándola á España, formando parte en clase de feudo del estado de Milan.

Ya puestos en el terreno de la fuerza, el marques de la Hinojosa, en virtud de las órdenes recibidas, pónese en campaña al frente de treinta mil veteranos; el de Saboya le espera con diez y siete mil hombres entre saboyanos, franceses y suizos, y despues de algunos ligeros combates parciales, queda derrotado por el general español, pudiendo con gran trabajo refugiarse en Asti.

Pero si el marques de la Hinojosa había sabido vencer al duque de Saboya, no supo en cambio sacar partido alguno de su triunfo, sino que, por el contrario, dejando á su ejército en una vergonzosa inacción, á riesgo de que la inmoralidad comenzase á cundir en él, acabó por aceptar un tratado de paz con el duque de Saboya, para el cual había mediado Venecia, Inglaterra y la garantía de Francia.

Torpe á todas luces la conducta de Hinojosa, provocó el enojo de Madrid, é inmediatamente el marques de Villafranca D. Pedro de Toledo, con el nombramiento de gobernador de Milan, marchó á reemplazar al marques de la Hinojosa.

Por más que el duque de Saboya contaba con el apoyo y la protección del mariscal Lesdiguiers, gobernador del Delfinado, protestante y antiguo amigo de Enrique IV, el de Villafranca, si no pudo cercar, como era su intento, á Carlos Manuel, por medio de un ingenioso ardid consiguió sorprenderle y derrotarle de tal modo, que por poco quedó desecho para siempre.

Tal efecto produjo este nuevo contratiempo en el revoltoso y altanero Duque, que cayó enfermo, más de despecho que de otra cosa, y tal vez hubiese sucumbido á no ser por el auxilio de su hijo Víctor Amadeo, que, como hemos dicho, había ido á España, y más especialmente por el que le prestara el mariscal Lesdiguiers, que á pesar de las órdenes que recibía de la corte de Luis XIII y á pesar de las ventajosas ofertas que el Gobierno español le hacía ofreciéndole la investidura del ducado de Saboya, penetró en Italia al frente de ocho mil hombres, con cuyas fuerzas se unió á Víctor Amadeo.

No se intimidó por esto el de Villafranca; por el contrario, todavía consiguió apoderarse de la importante plaza de Vercelli y de algunos otros puntos, hasta que finalmente en 1617 y por mediación del rey de Francia, se ajustó un tratado de paz que se firmó en Pavía, por el cual cada uno convino en licenciar sus tropas, devolviéndose las plazas que recíprocamente se habían tomado, regresando Lesdiguiers á su gobierno y quedando á favor del duque de Mantua el Monferrato, objeto aparente de aquella cuestión.

No se mostraba muy dispuesto el marques de Villafranca á licenciar sus tropas, porque ya por entonces existía el concierto entre el duque de Osuna, virey de Sicilia, el marques de Bedmar, antiguo embajador de Venecia, y él, para castigar á la traficante y artera Señoría de Venecia.

Enemiga constantemente de España, aquella república había figurado siempre al lado de los enemigos de esta nación, y en más de una ocasión había favorecido al duque de Saboya.

Los tres personajes que hemos citado, amantes de la gloria de su país, decididos á mantener en aquellos estados la superioridad y el predominio, que desde mucho tiempo venía ejerciendo España, pusieron de acuerdo para abatir el orgullo de Venecia.

D. Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, virey de Sicilia, primero, y de Nápoles despues, dice un escritor moderno, «era uno de los mayores políticos de su siglo, de gran capacidad y elevados pensamientos, de consumada habilidad, de decidido amor patrio, espléndido y magnífico aunque iracundo, caprichoso y arrebatado. Amigo por natural inclinación de la justicia, pero enemigo de las trabas de los tribunales y de las leyes; guiado más por el amor á la gloria que por las reglas de la subordinación, obraba por sí mismo y hacía grandes servicios á su Monarca sin que le inspirase respeto alguno su rey. Siendo virey de Sicilia, y mientras los gobernadores de Milan hacían la guerra al duque de Saboya, levantó la nación siciliana, que encontró en la mayor decadencia, sus escuadras cruzaban el Adriático y el Mediterráneo, tomaban cuanto

podían á Venecia y eran el terror de los turcos y berberiscos, á quienes tenía encogidos y enfrenados en sus puertos: debidos fueron al de Osuna muchos triunfos, hizo grandes presas, y muchas veces limpió de piratas los mares y las costas de Sicilia y de Calabria (1).»

Tal es el juicio que del duque de Osuna forma el historiador Lafuente, y fácilmente se comprende que con un carácter tal no podría sobrellevar con paciencia los manejos de la república veneciana para suscitar enemigos contra España.

Así fué que desde que llegó á Nápoles su pensamiento dominante era el de abatir el orgullo de la Señoría, y para este efecto se puso de acuerdo con el marques de Villafranca y el de Bedmar, ayudándoles extraordinariamente el activo cuanto discreto y diestro amigo del Duque, el poeta D. Francisco de Quevedo y Villegas, que en más de una ocasión corrió graves peligros para llevar adelante su arriesgada empresa.

El duque de Osuna, á la par que protegía y auxiliaba á los uscos, famosos piratas de la raza esclavona, en la Croacia y la Iliria, con sus escuadras perseguía á los venecianos, haciales considerables presas y abatia, por donde quiera que ocasion se le presentaba, el poder de la famosa república.

Lógico era que ésta, temerosa de los males que podrían sobrevenirle vista la audacia cada vez más creciente del de Osuna, trataría de vengarse, y para este efecto comenzó á propalar los más absurdos y calumniosos rumores contra el Duque, castigando con terribles castigos la deserción de sus tropas asalariadas, á fin de hacer odioso el nombre español.

Para este efecto inventó la famosa conjuración que muchos escritores extranjeros han aceptado con más mala fe que verdadero conocimiento, conspiración reducida á que el marques de Bedmar había comprado las tropas necesarias de la república, mientras el de Osuna iba enviando poco á poco aventureros á la ciudad para en un momento dado incendiar el arsenal, la casa de moneda y otros edificios importantes.

Sin embargo, esta especie, que circuló con gran insistencia, llegando al extremo del populacho de insultar al marques de Bedmar, que no tuvo otro remedio que salir de Venecia, el Senado no la denunció ni al rey de España ni á ninguna de las potencias, lo cual demuestra que la tal conjuración no existía.

Únicamente el deseo de librarse de aquellos poderosos enemigos fué el que promovió los rumores que circularon, porque así convenía; mas el silencio oficial en asuntos de tal bulto prueba completamente lo incierto de la acusación.

España, más para librar al marques de Bedmar de las iras populares que por desagrar á la república, le sacó de Venecia, pero dándole un puesto más elevado y más importante, como fué el de primer ministro en los Países Bajos.

Pero ni el deseo de la república, ni el objeto principal de todas sus maquinaciones habríase conseguido mientras el duque de Osuna permaneciese en su vireinato, y por lo tanto, á fin de enemistarle con el Monarca, comenzaron á propalarse las voces de que el Duque aspiraba á la soberanía de Nápoles, y que para alcanzar esto había pedido su ayuda á la república.

Por más que fuera tal aserto falso á todas luces, pues no puede comprenderse que quien tan enemigo se había mostrado constantemente de la república veneciana fuese á pedirle su apoyo despues, la conducta imprudente en algunas ocasiones del Duque, sus humos de rey, y su manera de proceder, más como señor independiente que como subdelegado del Monarca, prestaban algun carácter á la calumnia, y «si de muchos fué la especie desechada, como dice un escritor contemporáneo, de muchos fué tambien creída.»

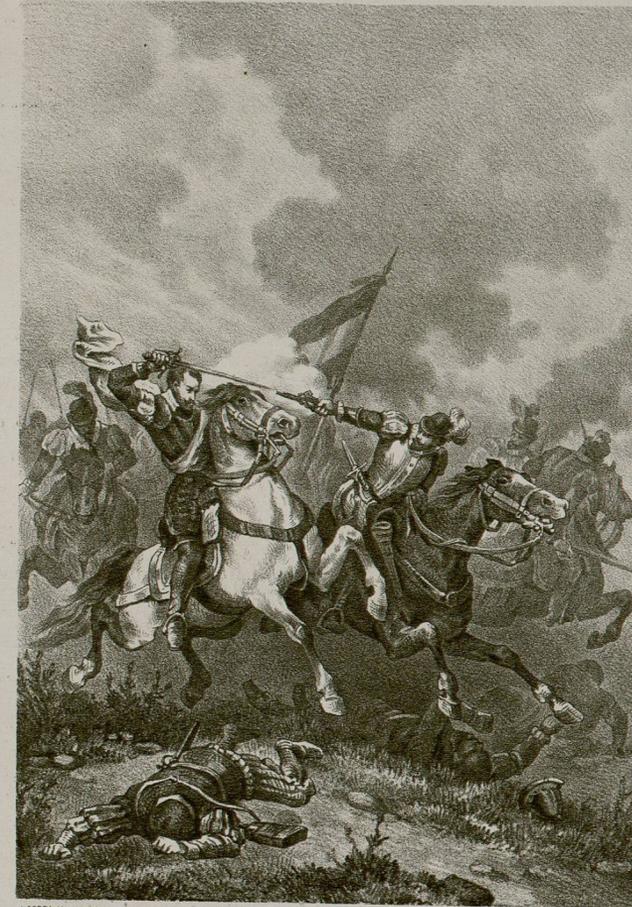
Aprovecháronse de ella los descontentos de Nápoles, que siempre los tienen todos los que gobiernan, y sacando á plaza algunos excesos del Duque, efecto de su desarreglada conducta privada, alzaron tal clamoreo, que los nuevos ministros de Felipe III, pues ya la privanza del de Lerma había concluido cuando esto sucedía, segun veremos despues, acordaron la separación del Duque, y sin que éste pudiera preveer el golpe que le amenazaba, encontráronse con que D. Gaspar de Borja había llegado á Nápoles y se había apoderado de todos los castillos, intimándole que le hiciese entrega del vireinato.

El pueblo mostróse dispuesto á defender al Duque, de quien siempre se había mostrado muy afecto, pero aquél no quiso alzarse contra el mandato real, y dejó el puesto, regresando á Madrid en 1620.

El discreto y erudito escritor Sr. Fernandez Guerra, ocupándose de este noble magnate, acaba de completar el juicio que en otro lugar hemos estampado debido á otro ilustre historiador. «Abandonado á sí mismo este varón, dice, grande en las virtudes y en los vicios, de ingenio vivo pero turbulento, sangriento en las iras, inconstante en las amistades, peligroso en los favores, beneficiado en riqueza, allanó el camino del triunfo á sus émulos con la desenvoltura de la vida y la ejecución licenciosa de sus apetitos (2).»

(1) Lafuente, *Historia general de España*, P. I, lib. III.

(2) Fernandez Guerra, *Vida de D. Francisco de Quevedo*.



BATALLA DE PRAGA.